

PRIORIDAD DE LA ETICA SOBRE LA TECNICA DE LA PERSONA SOBRE LAS COSAS DEL ESPIRITU SOBRE LA MATERIA. . .

A simple vista, al lector que se enfrente con el sumario de este número 12 de "Signos", le resultará difícil hallar el eje unitario-temático entre los distintos artículos publicados.

La lectura de estos trabajos hará transparente, sin embargo, la constante problemática ética que, desde los planteos filosófico-político-culturales a otros más pragmáticos, subyace a todos ellos.

No en vano hemos elegido como introducción a este número el discurso del Papa a los universitarios de Bolonia que, a partir de su bellissimo título —La pasión de la Iglesia por la verdad y por el hombre— nos plantea la actitud necesariamente solidaria "de la Iglesia con la Universidad y con sus problemas para, a través de ésta, encarnarse y hacerse cultura".

En su lenguaje vital y directo, el Papa Juan Pablo II expresa "la perenne dimensión universal que toda genuina búsqueda de la verdad supone".

Se trata entonces de unirse —merced al diálogo profundo entre ciencia y fe— para formular las respuestas más claras y comprometidas ante "las preguntas del hombre de hoy en su consciente ascensión por la escala de la verdad".

Juan Pablo II plantea a los intelectuales que "nuestra fe es una fides quaerens intellectum, una fe que exige ser pensada y como desposada con la inteligencia del hombre, de este hombre histórico concreto".

Queda de esta manera directamente aludido el tema de la responsabilidad del profesional. Este es ante todo un hombre en el ejercicio de su vocación, y al enfrentarse con los problemas concretos de su especialidad en el momento en que le ha tocado vivirla, la mayoría de las cuestiones de su profesión han de convertirse en problemas de conciencia. Tal es el tema que reúne a varios de los trabajos de este ejemplar donde una Medicina humanista corrobora —y con modelos vivos e irreprochables como el del Dr. Alexis Carrel— que "la ciencia puede influir tanto más eficazmente sobre la praxis cuanto más libre está para la verdad".

Frente al hombre asustado o confundido por el enorme poder de la técnica que puede manipular las sociedad entera se abre hoy, más que nunca, la exigencia de "una Universidad que sea realmente una comunidad de investigación, un lugar de encuentro y de confrontación espiritual". En ella podrá encarnar el ideal de la universalidad en el conocimiento, pero sobre todo sentir y responder éticamente a las expectativas de la sociedad civil en que está situada esa Universidad.

Para todos los que, desde cualquier ámbito o disciplina, estamos comprometidos en la tarea de forjar cultura, ésta se concreta en la voluntad comunitaria de nuestro pueblo de afirmar su singularidad; el punto de partida está entonces en "saber sobre qué fundamentos éticos construir el orden social".

Así como Juan Pablo II recomienda cierto "distanciamiento crítico" de la Universidad —como uno de los centros creadores y difusores de la cultura— "respecto al sistema de relaciones con las ideologías transitorias", es importante tener en cuenta —como lo explica en su artículo J. Freund— que "el objetivo de lo político es la protección". Este fin mínimo debe ser garantizado "para que las actividades humanas como el arte, la ciencia, la religión, la economía, puedan desarrollarse según su genio propio".

Si descendemos de este plano filosófico y universal a la situación concreta de América Latina, se nos presenta su unidad cultural como una alta meta. Esta unidad, marcando las diferencias creadoras que identifican a cada nación, debe fortalecer el eje estructurante mítico-valorativo con que cada pueblo debe crecer, fiel a su constitución originaria, en una libertad en la que su identidad cultural se recorte y acreciente.

Este presente simultáneamente nos convoca a un diálogo fecundo y necesario entre las culturas de Oriente y Occidente; en él la afirmación de la identidad y el valor de la propia cultura ha de traducirse en el reconocimiento del valor de la otra y en la participación de ambas en orden al enriquecimiento espiritual, el progreso científico y la paz mundial.

Otros artículos nos remontan al pasado en el que nuestra tierra fue gestando su cultura a través de diversas manifestaciones: la justicia en el primitivo derecho indiano, los ritos precolombinos de nuestra América Austral, el genio con que los primeros maestros jesuitas supieron tensar la fibra estética del indio en las reducciones.

Para esta época en crisis que nos ha tocado vivir y superar se nos ofrecen a la evocación dos modelos de Misticismo: San Francisco de Asís y Santa Teresa de Jesús. Ambos —desde su personalidad y ubicación histórica perfilados en sus diferencias— presentan en común una fe inquebrantable y una actitud de donación plena frente a las necesidades y contradicciones de su tiempo.

En esta Argentina del presente, la propuesta de este número de "Signos" es formar hombres claros en la fe, comprometidos con nuestra realidad y firmes en una postura ética que haga posible una sociedad mejor donde todos podamos vivir y crear, donde no haya "fabricantes", ni importadores de una cultura artificial sino solamente custodios de una tradición y hacedores constantes de una identidad cultural siempre dinámica y fiel a sí misma.

Magdalena M. Faillace
